

# Narrativas y discursos en tiempos de pandemia: como explicar la crisis del COVID-19 desde el feminismo pacifista

*Manuela Mesa*

*Directora de CEIPAZ y codirectora del Instituto DEMOSPAZ-UAM*

*Laura Alonso Cano*

*Presidenta de WILPF-España, Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad*



## **Introducción<sup>1</sup>**

La crisis provocada por la pandemia del coronavirus supone una situación sin precedentes, en la que la interacción social se ha reducido principalmente a los ámbitos virtuales. La comunicación adquiere una relevancia muy importante y es clave para analizar e interpretar lo que está sucediendo. Cualquier acto comunicativo implica seleccionar unos hechos sobre otros para explicar la realidad y las visiones que se configuran a partir de ellos y tiene consecuencias sobre las acciones que se adoptan y los valores y actitudes que se promueven.

---

<sup>1</sup> Agradecemos los comentarios y sugerencias de Charo Rubio y Hector Sanahuja.

Las miradas sobre las crisis del COVID-19 son múltiples, y entender esta situación inédita es un reto complejo. Como describe el filósofo Emilio Lledó, estamos viviendo una situación “inexperimentada” porque no tenemos referentes previos, y esto nos desconcierta, pues no tenemos los automatismos emocionales para responder. Así, el amor, la responsabilidad y el cuidado hacia las personas queridas exigen que nos mantengamos lejos de ellas, en dejarlas solas en el hospital; es todo lo contrario a la experiencia cotidiana a la que estamos habituados (*El País*, 29 de marzo 2020).<sup>2</sup>

La pandemia es una crisis sanitaria, pero es también es un problema de gobernanza, de seguridad, de políticas públicas, de financiación, de desigualdad, de vulnerabilidad y cuidados, de conocimiento, de investigación científica, de derechos humanos es una cuestión de género, ecológica y filosófica, entre otras. Todas estas miradas conforman diversas narrativas que forman parte de esta realidad; pero unos discursos prevalecen sobre otros en todo el proceso y determinarán la forma de construir el futuro.

*Existe una disputa por controlar el relato. El discurso del odio y la polarización trata de abrirse paso, mientras otros discursos tienen una menor presencia por no ser tan mediáticos*

Existe una disputa por controlar el relato. El discurso del odio y la polarización trata de abrirse paso, mientras otros discursos tienen una menor presencia por no ser tan mediáticos, como aquellos que recogen las iniciativas de solidaridad ciudadana o las aportaciones, entre otras del feminismo y el ecologismo. Lo que no se cuenta no existe, y por ello será esencial recoger y dar visibilidad a las aportaciones de la ciudadanía que se ha organizado y ha tejido redes de solidaridad para dar respuesta a esta crisis. En particular, las aportaciones de las mujeres y del movimiento feminista, que lleva años reivindicando que el cuidado se sitúe en el centro de las políticas, y que se valoren adecuadamente todas aquellas tareas que van orientadas al sostenimiento de la vida.

En este artículo se van a presentar las diversas narrativas que se han utilizado para explicar la pandemia, su gestión, las propuestas de futuro y las implicaciones que comportan en la conformación de un imaginario colectivo compartido.

## **La comunicación y los discursos dominantes**

El discurso narrativo, como ha resaltado la semiología, juega un papel importante en los procesos de razonamiento, explica la realidad, ordena la historia y ubica los acontecimientos colectivos dentro de

<sup>2</sup> Ver en: <https://elpais.com/cultura/2020-03-28/emilio-lledo-ojala-el-virus-nos-haga-salir-la-caverna-la-oscuridad-y-las-sombras.html>

una unidad coherente que incluye el pasado y establece una “memoria” que comparten todas las personas socializadas dentro de la colectividad (Berger y Luckmann 1968: 133).

El lingüista George Lakoff ha sido uno de los principales académicos que ha hecho análisis del discurso y ha definido los marcos (*frames*), que conforman el discurso, así como el poder de las metáforas en nuestro lenguaje. Los marcos son estructuras mentales que conforman el modo de ver el mundo, permiten comprender la realidad y, en ocasiones, crean a través del discurso, lo que nosotros consideramos realidad. “Estructuran nuestras ideas y nuestros conceptos, conforman nuestra manera de razonar e incluso repercuten en la manera en la que percibimos y actuamos. La mayoría de las veces usamos los marcos de forma inconsciente y automática (Lakoff, 2007; Darton y Kirk, 2011).

Siguiendo a Lakoff, los marcos se construyen a partir del lenguaje, de las imágenes y de las experiencias cotidianas de las personas, y cada marco lleva asociado diversos tipos de información. Cuando se utiliza una palabra o una imagen, además del significado de la palabra o de los elementos que conforman la imagen, esta se relaciona con el contexto, con las emociones y con cualquier valoración positiva o negativa que tengamos al respecto. A medida que los marcos se repiten, se refuerzan y pasan a ser una referencia en la manera en que las personas estructuran su forma de pensar.

Los marcos son una herramienta que permite analizar la realidad desde una estructura cognitiva determinada. Los marcos dan sentido a los hechos y a través del discurso, los dotan de una cierta racionalidad y coherencia, también proporcionan un “sentido de propósito” a las prácticas sociales, donde los discursos devienen en argumentos legitimadores. Por todo ello definen expectativas, asignan roles y funciones y prescriben conductas, estableciendo de antemano incentivos y penalizaciones (Sanahuja, 2013:33). La persona asimila aquella información o acontecimiento que puede integrar en su experiencia anterior y que resulta coherente con sus conocimientos anteriores. Toda imagen evoca en el receptor asociaciones y emociones que complementan la imagen ya formada y que se refuerza reiteradamente. Cuando esto no es así se produce lo que se ha denominado “disonancia cognitiva”.

Los marcos pueden considerarse una herramienta para la acción. En palabras de Lakoff (2007): “Cambiar el marco significa promover el cambio social. Cambiar el marco es cambiar el modo que tiene la gente de ver el mundo. Es cambiar lo que se entiende por sentido común”.



Puesto que el lenguaje activa los marcos, los nuevos marcos requieren un nuevo lenguaje. Pensar de modo diferente requiere hablar de modo diferente (Pinazo Calatayud, Nos Aldás y Agut Nieto, 2020). “Cuando negamos un marco, evocamos el marco”. Por lo tanto, un principio básico del “enmarcado” es que cuando se quiere cuestionar una idea, no se utilice su lenguaje: “Su lenguaje elige un marco, pero no será el marco que tu quieres”.

¿Cómo construir un marco que ponga en el centro el papel de los cuidados para proteger la vida y el bien común?; ¿que apele a la responsabilidad colectiva y a la solidaridad como la mejor manera de protegerse de esta pandemia global; y que incluya la perspectiva feminista que busca iguales opciones para hombres y mujeres?

Lakoff (2007) plantea dos marcos profundos: el del “padre estricto” y el de la “familia protectora”. Ambos marcos explican las visiones y los valores por los que se analiza la realidad, aunque él lo utiliza para la comunicación política, aporta claves valiosas para analizar como se ha presentado esta pandemia.

El modelo del padre estricto conforma un marco autoritario y securitario, definido por valores asociados a la obediencia, disciplina, autoridad e interés individual, la competencia y jerarquía y se encarna en la figura masculina. Se presenta el mundo como un lugar peligroso, difícil y competitivo, en el que siempre habrá ganadores y perdedores. Es en este marco en el que se insertan las narrativas belicistas o aquellas que proponen medidas punitivas y autoritarias para gestionar la pandemia; o bien, que plantean el falso dilema entre salud y economía, que en una lógica de darwinismo social plantea la imposibilidad de evitar las muertes de las personas mayores ante los elevados costes económicos que conlleva.

El marco de la familia protectora es definido por valores asociados a la responsabilidad, la protección, la confianza, el valor de lo colectivo, la comunidad, el servicio, la cooperación y la generosidad, la libertad y la empatía. Es neutro al género a diferencia del modelo del padre protector, que da autoridad y poder al hombre. Plantea como el “bien común” tiene que ser preservado en beneficio de la comunidad y se debe perseguir la equidad, ofreciendo a todas las personas libertad, seguridad y oportunidades para su pleno desarrollo. En este marco se reconoce la vulnerabilidad de los seres humanos y la importancia de los cuidados para la sostenibilidad de la vida. Es en este marco en el que se insertan las narrativas pacifistas, feministas, y que apelan a la cooperación frente al individualismo.

*¿Como construir un marco que ponga en el centro el papel de los cuidados para proteger la vida y el bien común?*

Todas las personas se rigen por los dos modelos y éstos se pueden activar según los contextos. Se puede no estar conforme con el marco, y aún así éste puede ser utilizado para explicar determinadas situaciones o problemáticas (Lakoff, 2007). También se pueden construir marcos complementarios que profundizan sobre una de estas visiones. En este artículo vamos a analizar las diferentes narrativas que se inscriben en estos marcos, las ideas y valores en los que se sustentan y las acciones que proponen. Se va a prestar especial atención a las narrativas feministas y a sus propuestas, apoyándose en el trabajo de investigación realizado por CEIPAZ, *Visibles y transgresoras. Narrativas y propuestas visuales para la paz y la igualdad* (Mesa, Alonso y Couceiro, 2013).

### **Punitivismo frente a la responsabilidad ciudadana**

El marco autoritario se refleja muy bien cuando la respuesta a la pandemia se centra en el control y securitización de la vida cotidiana, imponiendo unas normas y sancionando y castigando a quienes no las cumplen. Esta situación justifica la presencia de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado para garantizar el cumplimiento de dichas normas.

El estado de alarma conlleva medidas drásticas de limitación de las actividades económicas y la movilidad de la población para afrontar situaciones extraordinarias y graves como catástrofes, desórdenes públicos o guerras. Aunque existen diferentes regímenes de excepción que van desde el “Estado alarma” al “Estado de sitio”, que otorga poderes extraordinarios a las Fuerzas Armadas, las sociedades democráticas muy raramente han utilizado estos mecanismos hasta la fecha. En España, la adopción del estado de alarma está previsto en el artículo 116.2 de la Constitución, y puede aplicarse en todo o parte del territorio cuando se produzca una crisis que supongan alteraciones graves de la normalidad. Esta situación ha permitido, por ejemplo, que las tareas de control de los espacios públicos sean asumidas por policías y militares, en lo que se ha llamado la “Operación Balmis”, con un despliegue de 1820 efectivos, que se ha ampliado a 2600 por todo el territorio español a mediados de Abril. Si bien esta situación de emergencia sanitaria requiere de medidas excepcionales, y esta es una de ellas, una sociedad no puede funcionar sólo a partir de medidas punitivas. Esta situación requiere también que se establezcan los límites legales para proteger las libertades ciudadanas y la democracia y evitar que este tipo de medidas se prolonguen en el tiempo y no se normalicen e incorporen a la vida cotidiana.

*Las tecnologías pueden utilizarse para vigilar, pero también para compartir conocimiento e información y construir redes de solidaridad ciudadana*

En ocasiones, en estos contextos, se producen abusos de poder que pueden ser justificados por la ciudadanía, e incluso alentados por la misma, en lo que se ha dado en llamar “los justicieros de balcón”, que aplauden ciertas agresiones e increpan a quienes según ellos se están saltando la norma. Este ha sido el caso de España, donde ha coexistido amplias redes de solidaridad, con personas que han reclamado más medidas autoritarias y de control. Esto puede suponer un riesgo para la democracia. Como plantea Cesar Rendueles (2020): “ España sufre un déficit histórico, heredado del franquismo, en lo que respecta a la supervisión ciudadana del monopolio de la fuerza por parte del Estado. Se trata de un problema que se acentuó en el contexto de la lucha antiterrorista, cuando cualquier duda sobre las actuaciones judiciales o policiales era interpretada como un signo de deslealtad o complicidad con la violencia”. Es muy importante proteger la democracia, aunque una parte de la ciudadanía pueda aceptar de manera complaciente el autoritarismo, con la esperanza de obtener seguridad y orden en tiempos de incertidumbre.

Cuando además esta situación se acompaña de sistemas de vigilancia que son cada vez más eficaces, a partir del uso de la tecnología, de los teléfonos móviles y de la información de las redes sociales, es preciso definir muy bien cuales son los límites en una sociedad democrática. Hemos visto cómo en China se han utilizado drones para controlar a la ciudadanía, y cómo en Corea del Sur se han utilizado aplicaciones para geolocalizar a las personas infectadas por el virus, y poder así controlar sus movimientos, violando su derecho a la privacidad.

La protección de la privacidad es esencial en las sociedades democráticas y es muy importante preservarla. Las medidas de vigilancia entrañan unos riesgos importantes como han señalado numerosos especialistas. Marta Peirano explica que: “Las tecnologías de vigilancia masiva no pueden ser el atajo que sustituya las responsabilidades de un gobierno democrático, que es cuidar a sus ciudadanos antes de castigarlos”. Por ello es importante que rechacemos la vigilancia y el castigo a favor de la empatía, el diálogo y la solidaridad (Peirano, 2020). Como plantea Harari (2020), las tecnologías pueden utilizarse para vigilar, pero también para compartir conocimiento e información y construir redes de solidaridad ciudadana que participan activamente en buscar soluciones a esta situación. La epidemia del coronavirus es una prueba importante para la ciudadanía y una oportunidad sobre la que construir solidaridad.

Las medidas punitivas favorecen relaciones de dependencia en el plano colectivo e individual, y esto afecta a las relaciones sociales y tiene múltiples implicaciones en las sociedades democráticas. Además, los gobiernos que adoptan este rol punitivo pueden convertirse en la

fuerza misma del peligro. Existe la tentación, por parte de algunos gobiernos con tendencias autoritarias, a convertir la situación de excepción en norma, como ha ocurrido en el caso de Hungría con el gobierno de Orban, que ha declarado el estado de excepción sin fecha de cierre, o el gobierno de Polonia, que ha tratado de aprovechar el confinamiento para restringir el acceso a la interrupción legal del embarazo y castigar la educación sexual en Polonia (*El País*, 16 de Abril 2020).

El equilibrio entre responsabilidad compartida para velar por el bien común y las sanciones es muy importante. Por ello, es esencial contar con una ciudadanía responsable que confíe en las instituciones y que sea capaz de cumplir las normas; que cuente con la información suficiente para participar de manera responsable en la solución del problema. Por ejemplo, en España el mensaje que ha apelado a la responsabilidad de la ciudadanía para quedarse en casa y proteger así a las personas mayores ha resultado muy eficaz, y ha llevado a que una gran mayoría lo haya respetado, a pesar de las dificultades que entraña: elevado número de casas pequeñas, sin infraestructuras adecuadas y una sociedad que se socializa fundamentalmente en el espacio público. El papel que ha jugado el mundo de la cultura ha sido esencial para la aceptación de esta medida muy impopular y difícil. Se han desarrollado múltiples iniciativas ciudadanas que han reforzado la medida y la han humanizado.

### **Las narrativas bélicas: la guerra contra el virus**

¿Por qué se considera el imaginario bélico el más adecuado para explicar la pandemia y su gestión?. El imaginario de la guerra resulta muy atractivo y familiar para la mayoría de las personas y esto hace que muchos representantes políticos y actores sociales recurran al lenguaje de la guerra para explicar una situación inédita para la que no tenemos palabras (Enloe, 2020). El anuncio de que “estamos en guerra” por parte de diversos responsables políticos en distintos países, ha ido seguido de diferentes medios de comunicación y de diversos actores que hablan del virus como un “enemigo invisible” que hay que combatir. Las ruedas de prensa con presencia de militares uniformados han contribuido a reforzar la idea dominante de que estamos en plena “guerra contra el coronavirus”. Es una imagen que intenta transmitir autoridad y control de la situación y dar seguridad.

A esto se une la declaración del “estado de alarma” o “estado de excepción”, que en línea general se adopta por los gobiernos para situaciones de guerra, ataques terroristas, o grandes catástrofes, pero

que resultan inadecuadas para hacer frente a una pandemia. Sin embargo, el Estado no tiene otros instrumentos y está atrapado en una concepción de la seguridad nacional que está al margen de los riesgos globales. Y junto a esto, la participación de unidades militares especializadas en la intervención ante situaciones de emergencia –en el caso de España la Unidad Militar de Emergencias (UME) –, como se indicó, refuerza este imaginario de la épica militarista.

Sin embargo, la utilización de metáforas bélicas no es inocua. Las metáforas son elementos fundamentales para enmarcar la realidad de una manera determinada y facilitar llegar a pensamientos complejos de una manera sencilla, evocando imágenes, emociones o experiencias vitales (Lakoff y Johnson, 1991). La metáfora de la guerra nos remite a la idea de control, y al valor prioritario que lo militar otorga a la disciplina. El lenguaje militarista tiene como efecto la justificación de la presencia militar en los espacios públicos ejerciendo tareas de control ciudadano; pero también les otorga la autoridad para asumir el rol de cuidar y proteger, ocupándose de la desinfección de las residencias de mayores, o de construir hospitales de campaña. Esta visión no cuestiona que los militares están formados para hacer la guerra y que en las academias militares se aprende a manejar armas, estrategias y tácticas militares para vencer al enemigo, pero no tareas relacionadas con la seguridad ciudadana –para eso ya está la policía– y mucho menos para tareas de cuidado o de desinfección.

*La definición del virus como “enemigo” no nos permite entender la naturaleza del fenómeno de la pandemia, y tiene el efecto de poner el acento en medidas militarizadas para enfrentarla*

La definición del virus como “enemigo” no nos permite entender la naturaleza del fenómeno de la pandemia, y tiene el efecto de poner el acento en medidas militarizadas para combatirlo, en lugar de fortalecer otras estrategias sociales de resiliencia que serían mucho más adecuadas para esta situación.

Un virus no puede ser un “enemigo”; los virus coexisten con nosotros desde hace mucho tiempo. Para hacer frente al virus hace falta más investigación, mayor conocimiento científico compartido en el plano global también en lo relativo a la destrucción de la biodiversidad, un sistema sanitario fuerte dotado de recursos y un análisis de las capacidades que se requieren para afrontar esta amenaza global, que probablemente no sea la única que tengamos que enfrentar en los próximos años.

Tampoco el “heroísmo” y el relato épico contribuye a tener una mirada de la complejidad del fenómeno que estamos viviendo. El reconocimiento social por la labor que está realizando el personal sanitario y de los servicios afines es compartido por la mayoría de la ciudadanía.



Sin embargo, oculta otros debates que están sobre la mesa desde hace muchos años y que forman también parte del problema: la detracción sostenida de recursos para la sanidad pública, el acceso a los medicamentos y su fabricación, la participación de capital privado procedente de fondos buitres en el sector sanitario o de los cuidados de las personas mayores y en la investigación científica. En el caso de España, las movilizaciones que durante años se realizaron en la llamada “marea blanca” para evitar que la salud se convirtiera en un negocio refleja muy bien esta situación. Hubiera sido mucho mejor que el personal sanitario no se hubiera visto abocado a hacer actos heroicos, si el sistema de salud hubiera estado adecuadamente financiado y con capacidades suficientes para enfrentar una crisis sanitaria como la que supone esta pandemia. Esto también requiere de salarios adecuados, de estabilidad laboral y de garantizar que otros servicios asociados, como la limpieza, la lavandería, comedores –externalizados en estos años y sometidos a licitaciones que favorecían el precio más bajo, en lugar de primar la calidad y el servicio– adquieran la relevancia que merecen y sean protegidos, como elemento esenciales en un sistema integral de salud.

En España, la extrema derecha ha utilizado estas metáforas bélicas para responsabilizar al gobierno de las personas muertas por esta pandemia, difundiendo imágenes manipuladas de féretros en las calles o en morgues, que evocan imágenes recientes de la guerra en Irak o Afganistán. Este ha sido el caso de la utilización de la imagen del fotógrafo Ignacio Pereira en la que puede observarse la Gran Vía de Madrid llena de ataúdes con la bandera de España, que el propio autor ha denunciado.<sup>3</sup> La utilización del dolor y sufrimiento de las personas que han perdido a familiares en esta pandemia para fines políticos resulta obscena e inmoral, pero forma parte de una narrativa de odio y polarización diseñada estratégicamente desde los gabinetes de comunicación de una ultraderecha, coordinada internacionalmente que manipula las emociones y el miedo mediante mensajes de odio y mentiras para alcanzar el poder.

No necesitamos héroes ni heroínas, sino reconocer la importancia que juegan en la sociedad quienes están a cargo de la salud y todo el sistema sanitario y servicios complementarios como piezas claves para proteger la vida y el bienestar. Por esto, es muy importante superar estos discursos belicistas que impiden hacer un análisis de las amenazas globales que afectan a la humanidad y de las políticas que se precisan para gestionarlas.

<sup>3</sup> Consultar: [https://www.eldiario.es/rastreador/Vox-publica-fotomontaje-Gran-Via\\_6\\_1013908628.html](https://www.eldiario.es/rastreador/Vox-publica-fotomontaje-Gran-Via_6_1013908628.html)

## **Superar la mirada nacional y fortalecer la cooperación internacional**

¿Por qué se aborda un problema global como esta pandemia desde una mirada nacional? Aunque la epidemia es un problema global, que está afectando a todo el planeta, las respuestas que se están dando están siendo fundamentalmente de carácter nacional y local. La declaración del “estado de alarma” o “estado de excepción” según países, como se ha señalado anteriormente, muestra una visión de la seguridad basada en viejos parámetros, que ponen el acento en la defensa del territorio nacional. Por este motivo, muchos gobiernos han cerrado sus fronteras, entre otras medidas securitarias, que no son útiles para hacer frente a la pandemia, pero refuerzan el discurso tradicional de la seguridad.

Esta narrativa presenta muchos límites. El problema esencial es que se aborda una pandemia global con lentes primordialmente nacionales, lo que condiciona la eficacia y los resultados de las acciones que se adoptan, ya que no reconocen su naturaleza esencialmente transnacional. Es lo que muy acertadamente Ulrich Beck denominó “nacionalismo metodológico”; esto es, la utilización del Estado-nación territorial como “lente” o marco analítico para definir la realidad dentro de sus confines territoriales, ignorando sus conexiones con lo global. Una de las consecuencias de ese “nacionalismo metodológico” es el uso de “categorías zombis” como la seguridad nacional: si es nacional, no podrá haber seguridad frente a riesgos que son globales. De ahí que sea manifiestamente incorrecto recurrir a una “mirada nacional” que es reduccionista e inadecuada (Beck, 2004).

Esta visión ha conllevado una competencia atroz entre los países para adquirir suministros sanitarios muy escasos debido a la creciente demanda. Cada país ha tratado de aprovisionarse con la mayor rapidez posible de mascarillas, respiradores y material sanitario diverso para hacer frente a la epidemia. Es una lógica que se ha reproducido desde el ámbito local hasta el plano internacional. Baste recordar las actuaciones de las comunidades autónomas en España, que ponían resistencias a una gestión colectiva del material sanitario por parte del gobierno, para ilustrar esta situación. Esta falta de cooperación, muestra las dificultades para visualizar el problema en su dimensión global y muestra la escasa experiencia de concertación que existe en muchas instituciones. Esto resulta gravísimo porque aumenta el impacto del virus y hace recaer en los países y zonas más vulnerables las consecuencias de la no cooperación, que en el medio y largo plazo tendrá consecuencias que nos afectarán a todos.

En los últimos años un número elevado de líderes políticos han rechazado el ámbito multilateral, y se han orientado hacia la exaltación nacional como forma de acción política. Esto ha imposibilitado acuer-

*Aunque la epidemia es un problema global, que está afectando a todo el planeta, las respuestas que se están dando están siendo de carácter nacional y local*

dos políticos en cuestiones tan relevantes como el calentamiento global, la lucha contra la pobreza o los derechos de las mujeres, entre otros. En la crisis actual, incluso la Unión Europea está encontrando enormes obstáculos para concertar una posición común y lograr un acuerdo audaz que reduzca los enormes impactos económicos y sociales de la pandemia. El debilitamiento del sistema multilateral y de los organismos regionales hace que actualmente resulte mucho más difícil adoptar medidas coordinadas que hagan más efectiva la lucha contra la pandemia en el ámbito de la salud, compartiendo conocimiento, en el ámbito económico, creando margen de maniobra fiscal para los gobiernos y garantizando unos ingresos mínimos a la población, y en el ámbito de la cooperación, protegiendo a aquellas regiones y grupos de población más vulnerables, que tienen que combinar su supervivencia diaria con la protección contra el virus.

Se requieren narrativas que den relevancia a la importancia de la gobernanza global y al fortalecimiento de las instituciones regionales y multilaterales que faciliten la adopción de medidas concertadas. El papel de la sociedad civil transnacional puede jugar un papel cada vez más relevante, tal y como ha mostrado por ejemplo, el movimiento ecologista en sus demandas sobre la emergencia climática, o el movimiento feminista en su agenda para garantizar los derechos de las mujeres y promover una mayor igualdad y un mundo libre de violencias. Estas redes globales de ciudadanía pueden complementar y reforzar el multilateralismo democrático. Como plantea Yuval Noah Harari, en un artículo en *New York Times* (2020):

“La humanidad necesita tomar una decisión. ¿Recorreremos el camino de la desunión, o adoptaremos el camino de la solidaridad global? Si elegimos la desunión, esto no solo prolongará la crisis, sino que probablemente dará lugar a catástrofes aún peores en el futuro. Si elegimos la solidaridad global, será una victoria no solo contra el coronavirus, sino contra todas las futuras epidemias y crisis que podrían asaltar a la humanidad en el siglo XXI”.

### **Narrativas pacifistas y feministas**

Como se ha comentado anteriormente, estas narrativas de carácter belicista, nacionalista y patriarcal son la expresión de un marco profundo sustentado en principios y valores tradicionales asociados a la obediencia, la disciplina, la autoridad y el interés individual, la competencia y la jerarquía, entre otros. Su interpretación de la realidad es muy reduccionista porque circunscriben las respuestas de un problema global, como es la pandemia, al ámbito nacional y además prescriben comportamientos y decisiones que profundizan en los

*El feminismo y el pacifismo pueden contribuir a elaborar un nuevo marco explicativo sobre la crisis del coronavirus desde otro paradigma, otros valores y enfoques, que ayuden a conformar una respuesta de futuro compartida*

problemas, alejándonos de las posibles soluciones. Ni el individualismo y el “sálvese quien pueda”, ni la crispación y la polarización de los discursos, ni un mayor control o la criminalización de los actores políticos, o la instrumentalización del dolor de las personas fallecidas servirán para superar esta pandemia ni para mitigar sus impactos.

Esta pugna por imponer estos relatos se produce en un contexto en el que predomina la subvaloración de las actividades relacionadas con el cuidado y el sostenimiento de la vida y el respeto del bien común. Se estima que el 70% del personal sanitario en el mundo son mujeres; además de la mayoría de otros servicios complementarios como la lavandería o la limpieza. Se trata de un ámbito feminizado, precarizado e infravalorado que ha pasado a percibirse durante la pandemia como un sector estratégico para la salud pública y los gobiernos.

La falta de reconocimiento social de las tareas feminizadas y la relegación de la autoridad de las mujeres en todos los ámbitos tienen como consecuencia que incluso en esta situación de pandemia, donde los cuidados resultan estratégicos, se opta por dar protagonismo a quienes han sido formados para hacer la guerra, en lugar de apuntalar definitivamente a quienes sostienen la vida. Se requiere de nuevas miradas y nuevos marcos para interpretar una situación única en la experiencia de la humanidad. Como dijo Virginia Woolf en su libro *Tres Guineas*: “La mejor manera en la que podemos ayudar a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, si no en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos”. Y esto supone construir nuevos marcos, que se apoyen en narrativas que refuercen la solidaridad, el bien común y que incorporen la perspectiva feminista y pacifista.

¿Qué puede aportar el feminismo y el pacifismo al análisis y respuesta a esta crisis de la COVID-19? El feminismo y el pacifismo pueden contribuir a elaborar un nuevo marco explicativo sobre la crisis del coronavirus desde otro paradigma, otros valores y enfoques, que ayuden a conformar una respuesta de futuro compartida. Un marco que afirme nuestra vulnerabilidad radical y nuestra interdependencia (Magallón, 2014:15); que enfatice la necesidad de reforzar los lazos y vínculos entre las personas en su diversidad; que promueva estructuras sociales horizontales, abiertas y democráticas, con relaciones basadas en la corresponsabilidad del cuidado y en la lógica del bien común. Se trata de fortalecer las redes de solidaridad que conectan personas y activan valores de equidad, colectividad, dinamismo, creatividad, resiliencia y resistencia para afrontar los grandes retos que nos plantea esta situación inédita.

Se trata de crear una narrativa inclusiva que ponga las bases para el futuro que queremos construir en común, en lugar del mundo del que queremos huir. Como plantea la periodista Nuria Labari:

“Necesitamos una semántica capaz de dar valor a la espera, a la confianza, a los cuidados, a todo lo que es femenino en esta sociedad, en esta crisis y en este siglo. Y con femenino no quiero decir mujeres. Quiero decir mujeres y hombres decididos a abandonar de una vez por todas la semántica del conflicto y del enfrentamiento” (Labari, 2020). Se trata de definir nuevas formas de pensar y actuar, para construir una narrativa en la que frente al miedo, la respuesta sea la responsabilidad y el compromiso; frente al individualismo, la defensa de lo común; un marco que nos permita visibilizarnos como ciudadanías que habita un mismo planeta y para la que colectivamente y sin exclusiones dispondremos de más capacidades, y más diversas, para afrontar esta pandemia global y otros retos acuciantes.

En un contexto como el actual, en el que a otras crisis sistémicas se ha añadido la del coronavirus, estamos ante la oportunidad de revisar lo ya dicho, lo conocido y sin embargo orillado por visiones hegemónicas, patriarcales, neocapitalistas, militaristas y colonialistas. Muchos son los análisis y las perspectivas que indican que los fallos sistémicos que padecemos son producto en gran medida de visiones hegemónicas que carecen de los necesarios contrapesos.

El saber que emana de las vidas de mujeres sufre un desprecio histórico, una condena al olvido (*damnatio memoriae*) y una fragmentación de consecuencias incalculables. Quienes hemos puesto atención, investigación y estudio a la genealogía y aportes de mujeres internacionalistas, feministas y pacifistas, consideramos que los marcos alternativos que conforman tienen que pasar a formar parte del conocimiento colectivo. Los feminismos, y el feminismo internacionalista pacifista, en particular, ofrece saberes, claves y valores que en tiempos de dificultad y zozobra resultan imprescindibles y a los que la humanidad no debería de renunciar.

Incorporar estos conocimientos requiere de una acción comunicativa –en el sentido que Habermas da a este concepto– que promueva una mayor comprensión de los problemas globales que afronta la humanidad, un reconocimiento de la diversidad de conocimientos y saberes, que abra procesos de construcción de un nuevo marco, con una narrativa más amplia, que contribuya a la definición compartida de intereses, identidades y valores como seres humanos que habitamos el mismo planeta; y que vaya orientada a conformar un “nosotros y nosotras universal” que otorgue autoridad y reconocimiento social a la agencia de las mujeres.

En el ámbito del conocimiento, esto supone, por una parte, el reconocimiento a las numerosas aportaciones del feminismo, y más específicamente a la centralidad de los cuidados como eje esencial que garantiza la vida y el bienestar de una sociedad, reconociendo nuestra

humana vulnerabilidad . Y por otra, la urgencia de poner fin a todas las formas de violencia que afectan de manera específica a las mujeres, en un *continuum* que se manifiesta desde el ámbito del hogar y la violencia machista y se extiende a la pobreza y exclusión, hasta mostrarse en su forma más dura en los conflictos armados (Cookburn, 2009).

También requiere entender la importancia de deconstruir un imaginario belicista que encuentra en la épica de las guerras y la construcción del “enemigo” un relato que legitima la expoliación y el despilfarro sostenido de recursos durante generaciones en favor de la industria de la guerra y de la muerte, y en menoscabo de la vida humana, la justicia social y de género, y la naturaleza.

Los desproporcionados recursos dedicados a la carrera armamentística y su inutilidad ante una pandemia como la del coronavirus son la triste evidencia de que el orden mundial impuesto por los Estados más enriquecidos ha errado en sus prioridades, ha despreciado la prudencia debida que debe inspirar la gobernanza global, ha desatendido las alarmas y ha silenciado los necesarios contrapesos.

*Los desproporcionados recursos dedicados a la carrera armamentística han resultado inútiles para hacer frente a la pandemia*

Es necesario, deslegitimar las lógicas securitarias, que entrañan enormes riesgos e implican relaciones de subordinación individual y colectiva hacia una autoridad superior frente a la alternativa de la cooperación humana. También redefinir el concepto clásico de seguridad para adoptar el de seguridad humana, que pone su foco en las necesidades de la vida en este planeta. Como se ha señalado acertadamente desde la investigación para la paz, ésta va más allá de la ausencia de violencia o de la oposición a las guerras y se vincula con las capacidades de transformar los conflictos desde el diálogo, la empatía, la cooperación, y la promoción de valores universalistas asociados a la justicia, la solidaridad y el respeto de los derechos humanos.

Se trata, pues, de emprender la urgente tarea de revisar los valores, las estructuras de pensamiento, los marcos mentales, las narrativas, los conceptos, las palabras y las prioridades incorporando el feminismo internacionalista y pacifista y la cultura de paz como conocimiento significativo para reorientarnos colectivamente.

Un marco de referencia para el análisis de esta pandemia que incorpore el feminismo internacionalista y pacifista nos dotará de un conjunto de saberes imprescindibles para imaginar un futuro común, que haciéndose cargo del miedo, la vulnerabilidad, la incertidumbre y la duda, nos permita construir lo colectivo con la luz que emana de las experiencias y las vidas de las mujeres constructoras de paz. Como dice Carmen Magallón (2014):

“La lógica de la sostenibilidad de la vida se plasma en las formas de pensar, en las actitudes y en el modo de priorizar. Y es inseparable de la equidad. Concede un lugar prioritario a la supervivencia; al mantenimiento de la salud; a las tareas de la reproducción y el cuidado de la especie, tareas que además de mantener la vida, proporcionan una comprensión práctica de que la naturaleza ha de preservarse si queremos sobrevivir. Las protagonistas de la supervivencia en la mayor parte del planeta son mujeres, defendiendo la calidad de la educación o los alimentos, los servicios en los barrios, la capa de ozono o el mantenimiento de los bosques. A ellas, a esta lógica, se van sumando cada día más hombres”

La valiosa aproximación a la realidad que protagonizan las mujeres que construyen la paz reside en la singularidad que supone cuidar el flujo de autoridad entre diferentes, y el valor que se otorga a las experiencias vividas, conformando una narrativa elaborada desde la confianza y el vínculo. Porque, como describe Carmen Chaves Rubio (2002): “la experiencia femenina no se recoge tan fácilmente en los lenguajes que crean opinión pública y analizan y muestran la realidad hoy (...). En parte, porque los discursos dominantes no suelen recoger las prácticas pacíficas que se apartan de las lógicas que sostienen la violencia y el poder”.

En el Estudio *Visibles y Transgresoras* (Mesa, Alonso y Couceiro, 2013) se trató de mostrar cómo las experiencias de mujeres concretas en el trabajo por la paz nutren y permiten detallar un valioso marco alternativo que sirva de inspiración y referente para la transformación social. Por ello, se han identificado las experiencias de las mujeres como un vector estratégico de transformación social, tanto por la coherencia de los valores que las inspiran como por la perseverancia de sus acciones. Todo ello constituye un liderazgo ético, no autoritario y honesto, en el que hombres y mujeres pueden confluír desde una perspectiva inclusiva de equidad y paz.

Este marco constituye una narrativa alternativa conformada por un conjunto de valores comunes que permiten abordar problemas “mas grandes que uno mismo”, en palabras de Tom Crompton (2010) de la organización WWF del Reino Unido. Sin duda, construir un futuro común después de la crisis del coronavirus va a ser un empeño que implicará de un modo u otro a todas y cada una de las personas que habitamos el planeta.

Los valores que se identificaron en el estudio y el análisis de las iniciativas, las experiencias y las historias de vida de mujeres constructoras de paz, conforman un paradigma alternativo, una visión filosófica y, ética compleja, una visión analítica del presente que se



proyecta mediante estrategias políticas para el cambio, y la transformación de la realidad, y que puede resignificar los instrumentos que están a nuestro alcance.

Este paradigma alternativo aporta lo que en el estudio conceptualizamos como valores inclusivos, universales y emancipados siendo estos “un continuo de motivaciones relacionadas” (Schwartz 1992:45) que están presentes en las conductas de todas las personas, de un modo tal que cuando unos valores se activan se desactivan sus antagónicos.

Tenemos la oportunidad de poner el foco en el fortalecimiento de nuestras capacidades y conocimientos para abordar los retos que nos plantea esta pandemia, y otras que también ya padecemos como la pobreza, la injusticia social, la desigualdad de género, las violencias machistas o la emergencia climática, por citar algunas, y que son cuestiones a las que muchas mujeres han sabido responder colectiva y pacíficamente, transformando la realidad en muchos lugares del mundo.

*Construir un futuro común después de la crisis del coronavirus requiere de un liderazgo ético y democrático en el que puedan confluír hombres y mujeres desde un enfoque inclusivo de paz y equidad*

No obstante, es preciso que este paradigma civilizatorio se haga común, se incorpore a los saberes colectivos, al conocimiento, a las narrativas y a los imaginarios. Todos estos retos comprometen la vida de millones de personas en la actualidad en nuestro planeta, a pesar de ello, la respuesta colectiva no ha catalizado en una masa crítica suficiente como para impeler a los gobiernos a adoptar decisiones audaces y democráticas atendiendo a esos retos colectivos.

La actual pandemia por coronavirus nos está mostrando con toda crudeza cuan dependientes e interdependientes somos ante una crisis sanitaria global. Esta visión y su comprensión para nosotros, los seres humanos, está siendo posible por la velocidad con la que sus efectos han impactado en nuestras vidas. A diferencia de otras crisis globales, la propagación exponencial del coronavirus y de sus efectos en muy corto espacio temporal nos está permitiendo a los seres humanos entender mejor nuestra identidad planetaria.

Sabemos bastante sobre la letalidad de otras emergencias como la climática, o las causadas por guerras e injusticias evitables, pero ‘nos hemos acostumbrado colectivamente a ellas’, las hemos naturalizado hasta asumirlas como ‘inevitables’. Aprovechemos la “revelación” que está suponiendo la impactante percepción de la pandemia del coronavirus para incorporar saberes imprescindibles que para una parte de la sociedad ya son irrenunciables.



## Referencias bibliográficas

Darton, Andrew and Martin, Kirk (2011), *Finding Frames: New ways to engage the UK public in global poverty*. Londres: BOND for International Development.

Enloe, Cynthia (2020), "COVID-19: Los que necesitamos no es "hacer la guerra" a un virus", disponible en: <http://wilpf.es/covid-19-lo-que-necesitamos-no-es-hacer-la-guerra-a-un-virus/>

Harari, Yuval Noah (2020), "The world after coronavirus" en *New York Times*, 20 de marzo.

ICIP (2015), "Feminismo pacifista", *Por la Paz* nº 22. Febrero. Disponible en: <http://www.icip-perlapau.cat/numero22/pdf-esp/Per-la-Pau-n22-ESP.pdf>

Lakoff, George (2007), *No pienses en un elefante*. Madrid: Editorial Complutense.

Labari, Nuria (2020), "Esto no es una guerra", *El País*, 3 de abril. Disponible en: [https://elpais.com/elpais/2020/04/02/opinion/1585825945\\_794954.html](https://elpais.com/elpais/2020/04/02/opinion/1585825945_794954.html)

Magallón Portolés, C. (2014), "Universalizar legados femeninos, construir racionalidad civilizatoria: pasos hacia una cultura de paz" en *Cultura De Paz*, 19(61). Recuperado a partir de <https://www.revistasnicaragua.net.ni/index.php/culturadepaz/article/view/563>

Mesa, Manuela, Alonso, Laura, Couceiro, Elena (2013), *Visibles y transgresoras. Narrativas y propuestas visuales para la paz y la igualdad*. Madrid: CEIPAZ

Peirano, Marta (2020), "Contra la seductora lógica del autoritarismo" en el *Diario.es*, 25 de marzo. Disponible en: [https://www.eldiario.es/zonacritica/seductora-logica-totalitarismo\\_6\\_1009009141.html](https://www.eldiario.es/zonacritica/seductora-logica-totalitarismo_6_1009009141.html)

Pinazo Calatayud, Daniel, Nos-Aldás, Eloísa, Agut-Nieto, Sonia (2020), "Comunicar en positivo o negativo en el activismo social" en *Comunicar: Revista Científica de Educomunicación* nº 62, v. XXVIII. Grupo Comunicar.

Rendueles, Cesar (2020), "La tormenta perfecta de autoritarismo" en *El País*, 29 de marzo. Disponible en: [https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585301613\\_468266.html](https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585301613_468266.html)

Sanahuja, Jose Antonio (2013), "Narrativas del multilateralismo: efecto Rashomon y cambio de poder" en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* nº101. Abril. Barcelona.



